



Rodríguez López, Sofia, *Memorias de los Nadie. Una historia oral del campo andaluz (1914-1959)*. Sevilla, Centro de Estudios Andaluces, 2015, 557 pp.

Quedan lejos los tiempos en que la historiografía y las instituciones académicas despreciaban el uso de las fuentes orales, subrayando las limitaciones de la materia en que se sustentan: la memoria. Subjetividad, lagunas, tergiversaciones y justificaciones de la propia historia de vida fueron algunas de las acusaciones lanzadas sobre este tipo de investigaciones. A esta problemática, según recordó Alessandro Portelli en el Congreso de la Asociación Internacional de Historia Oral (Praga, 2010), se sumaría la creencia de tratarse de una fuente subversiva por irregular. Pasarían años hasta que la consolidación de la metodología de trabajo de la historia oral y su creciente profesionalización acreditaran su estatuto científico, si bien para algunos practicantes de la historia oral ello acarrearía el riesgo de perder terreno en el ámbito del compromiso. Con todo, la historia oral seguiría siendo militante por dos razones: porque sitúa el conflicto social en el centro del análisis, y porque resalta el valor político de la memoria. Más aún, uno de sus pretendidos defectos, las emociones asociadas al recuerdo, es también una de sus fortalezas, al permitirnos acceder a una vertiente hasta hace poco obviada: los aspectos de la vida que, más allá de cifras y experiencias políticas o sociales, hacen a los sujetos históricos disfrutar, padecer, reír, llorar y tomar decisiones, según lo que cada acontecimiento les hace sentir. La historia de las emociones así lo entiende también.

Esta obra de la historiadora Sofia Rodríguez López, especialista en el trabajo con fuentes orales, parte del proyecto *Fuentes para el estudio de la represión franquista en Almería*, financiado por el Centro de Estudios Andaluces. La autora realiza un recorrido por las zonas agrarias almerienses desde finales del siglo XIX hasta los primeros años del franquismo, abordando perfiles personales que, por su posicionamiento ideológico, padecieron todo tipo de represalias tras la Guerra Civil. El resultado es un trabajo exhaustivo a partir de numerosas fuentes orales debidamente interpretadas, cotejadas y acompañadas de un potente aparato crítico, una práctica que revela la capacidad y destreza desplegadas en su elaboración.

El libro aparece estructurado en cinco apartados subdivididos en un total de veintiséis capítulos, a los que se suman las fuentes documentales y la bibliografía. El primer apartado indaga en las raíces de los entrevistados, exponiendo los recuerdos de padres, madres, abuelos y abuelas, es decir de las personas que vivieron a caballo entre el siglo XIX y principios del XX. Es un punto de partida un tanto impreciso si se tiene en cuenta que algunos testimonios proceden de quienes eran niños durante la Guerra Civil, pero representa, sin embargo, el eslabón necesario para vislumbrar la realidad de la que se partía, que no era otra que las altas tasas de desempleo que forzaron a la población a emigrar en busca del sustento a otros países. Este escenario desesperado, especialmente entre los jornaleros sin tierra, favorecía el poder de los caciques locales, que en el caso de los pueblos almerienses se cimentaba en el con-

trol del agua como recurso imprescindible. Aparte del clientelismo que marcaba la vida política, económica y social, la autora destaca diferentes aspectos relacionados con las cuestiones de género; pues mujeres y hombres tenían delimitados sus ámbitos de actuación y sus posibilidades vitales, de modo que difícilmente se produjeron transgresiones que pusieran en peligro sus roles y tradiciones.

Uno de los principales hitos entre los entrevistados es la proclamación de la Segunda República, época de la que trata el segundo apartado. A pesar del éxito de los monárquicos en la provincia almeriense, la ilusión y las celebraciones emergen y se reflejan en unos testimonios que exteriorizan también la desconfianza y expectación ante un hecho que se adivina trascendente. Sin embargo, la fuerte ideologización y polarización entre los vecinos creó un ambiente tenso y enrareció unas relaciones ciudadanas donde la política y la militancia, muchas veces heredadas directamente de los antepasados y concebidas como tradición, favorecían la afiliación a determinados partidos políticos y sindicatos cuyos representantes se incorporaron a una carrera discursiva para cautivar a las masas, exhibiendo un nivel de oratoria reconocido y memorable, independientemente de la posición ideológica.

Sofía Rodríguez aporta dolorosos testimonios sobre las consecuencias que la liberación de las mujeres acarreó por las violencias desplegadas contra ellas en ciertas coyunturas, alcanzando en ocasiones la muerte. Y nos transporta al nerviosismo de algunos sectores en la etapa republicana, atravesando los sucesos de Casas Viejas, las revueltas asturianas y las medidas de separación Iglesia-Estado, que provocaron una exaltación de los ánimos que acrecentó la división entre las ideologías enfrentadas. Igualmente, nos lleva a otro punto ineludible en la memoria, el golpe militar del 18 de julio de 1936. Una insurrección que si bien no triunfó en Almería, iba a suponer un cambio radical entre las gentes sencillas que difícilmente acertaban la motivación de una guerra en ciernes que habría de alterar todo su mundo. Y es que la evocación de la República es, según quién la recuerde, la utopía que no pudo ser, o la reunión y principio de todos los males.

El desarrollo de la Guerra Civil llena de contenido el tercer apartado. Aquí se muestra la violencia generada y los extremos que alcanzó el conflicto a partir de las narraciones que exponen, desde puntos de vista personales, episodios bien conocidos como el odio hacia la Iglesia y la quema de santos, la escasa preparación del cuadro de mandos republicano, la brutalidad fratricida, las colectivizaciones y redistribuciones en los territorios dominados por la República y los bombardeos aéreos de las ciudades. Igualmente, afloran opiniones favorables a la religión católica; actitudes de protección del patrimonio popular y momentos de confraternización ante la conciencia de que el enemigo es un igual, un vecino o familiar, lo que propicia recapacitar sobre el sentido de la guerra. Entre los episodios trágicos que nos presenta la autora, uno resalta sobre los demás: la “desbandá” de Málaga en la primavera de 1937, cuando un significativo número de personas huyeron a pie hasta Almería sin nada más que lo puesto, desestabilizando sin más remedio las poblaciones que los acogieron. Solidaridad y miedo a lo desconocido se mezclaban en distinta proporción en una amalgama de sentimientos encontrados. Y es que miseria, hambre y represión aparecen en los discursos estudiados cuando el final de la guerra se vislumbra.

El miedo es el eje que atraviesa el cuarto apartado. Una pretendida paz militar encubría la realidad de una sociedad fragmentada entre vencedores y vencidos, en la que unos recuerdan incesantemente esta circunstancia y adoctrinan al resto en sus creencias mediante el impulso del miedo. La gente que no quiso o no pudo hacer

frente a las humillaciones diarias se vio forzada al exilio; una experiencia trufada de emociones en la que se recalca, a la par, la alegría por la buena acogida en un país ajeno y el desconsuelo por el abandono de la propia tierra. Entre la política de represión, propaganda y violencia institucional, llaman poderosamente la atención los casos que describen cómo aquellos que fueron salvaguardados durante la guerra responden de igual modo ante los que hicieron lo propio. Esta situación no fue mayoritaria, y nos encontramos tanto con personas que salvaron de la cárcel a numerosos vecinos, como con otras que no cejaron en el ataque rabioso contra los vencidos.

Finaliza el último capítulo con los recuerdos de los primeros años del franquismo, caracterizados por la represión, el hambre, el estraperlo, las cartillas de racionamiento y las diferentes formas de supervivencia, mientras se libraba una persistente lucha tanto en el interior del país, protagonizada por los maquis, como en el exterior. En el primer caso, la figura del maquis aparece acompañada de leyendas y lugares comunes, pero numerosos testimonios resaltan, en general, que el pueblo consentía a la hora de ayudarles a pesar de sus recelos. El miedo, siempre presente, se descubre en el silencio. Pero éste no es siempre temeroso, sino que ampara la dignidad junto a pequeños gestos de resistencia. Y es que el control moral y la anulación pública de todo lo que tuviera que ver con los republicanos no conseguirían acabar con la defensa del honor que llevaron a cabo sus mujeres y familias.

Por último, Sofia Rodríguez nos transmite el protagonismo entrelazado del hambre y la enfermedad, siempre presentes, sin que se adoptaran medidas verdaderamente eficaces que actuaran sobre las causas. Tal como comentábamos, si de algo sirven las memorias de vida es para transmitirnos no sólo los datos del hambre y el estraperlo sino lo que eso representaba en la vida cotidiana. Como el crudo ejemplo de esa mujer que comprando pan para sus hijos ve truncados sus esfuerzos por alguien que ofrece más, llegando a tal extremo la impotencia y frustración que las quejas no satisfechas devendrían en violencia. En fin, el libro supone una importante aportación basada en el análisis cuantitativo, y sobre todo cualitativo, de unas historias de vida que profundizan en la comprensión de una época y provincia concretas, a la vez que constituye una invitación a entrar en contacto con las vivencias y emociones de quienes, innegablemente, también son intérpretes de la historia.

Víctor José Ortega Muñoz
Universidad de Málaga
vjortega@uma.es